



# LEJOS DE MI TIERRA

DAVID M.<sup>a</sup> TELLECHEA SANTAMARTA

Las campanadas suenan graves. En el reloj del comedor. Son 7. Silencio. Tras las ventanas, la tarde de julio, vestida de golondrinas, comienza a bostezar. Día 21. Recuerdo.

Y allá, en mi pueblo, a muchos kilómetros de distancia, estalla la algarabía. El cohete. El Centenario. Lágrimas. Aplausos. Y mucha emoción.

Comienzan las fiestas. Bullicio. Sudor. Bares repletos. Gritos y sonrisas. Alegría.

Aquí, tranquilidad y sosiego. El sol que rueda hacia el ocaso. Los campos desnudos de trigo, ya. Y las montañas, mudos testigos de la eternidad, que rasgan el azul.

Pienso que esta situación en la que me encuentro, con la mente anegada de recuerdos, se repite en cada renteriano ausente. No es tristeza. Ni dolor. Es olor a río sucio. A chimenea de térmica. O de papelera. Mugido de

bueyes. Y campanas de Iglesia. Sabor a manzanas. Y sidra. Visión de cemento. Campos verdes. Bosques de hayas. Y el contacto de una pelota. Y la aspereza de una boina.

Todos los sentidos resucitan cosas entrañables. De la tierra que nos vio nacer. Y que ahora está lejos, más allá de las montañas. Y del trigo que fue. Y de las llanuras inmensas.

Mañana es el día de la fiesta. Las campanas taladrarán el cielo. Y la imagen de la Magdalena. En volandas. Con su eterno gesto de arrepentimiento, pasará entre los renterianos que gustan de símbolos y tradición.

Y la Misa Mayor. El coro. Voces impecables, armoniosas y potentes. El órgano que lo envuelve todo. Sonrisas en el gótico. Y la gente que temblará emocionada.

Luego vendrán las danzas. Pies trenzados en hiedra de siglos. Y los bertsolaris. Frases agudas. Humor y filosofía.

Los cohetes. Gigantes y cabezudos. Personajes típicos del lugar. Y el río, oloroso y sucio. Regazo de fuegos de artificio.

El reloj ha vuelto a sonar. Y la tarde languidece. ¿Por qué nos fuimos del pueblo? El tic-tac prosigue impecable su letanía rítmica. Y vosotros, ¿por qué vinisteis al nuestro? ¿por qué dejasteis vuestras casas, vuestros campos, vuestros olivos y llegasteis a las brumas, las lluvias y el verdor? Vosotros que ahora, inmersos en el bullicio de la fiesta, a lo mejor no comprendéis su significado. Y no se os ponen los pelos de punta al escuchar el Centenario. Y no os emocionáis ante la imagen de la Santa. Ni al escuchar el txistu.

El hambre, la necesidad. Os comprendo. Hay que sobrevivir. La vida es lo importante.

Y así también pensaréis en vuestras fiestas. Y vuestros santos. Y vuestros pueblos. Con emoción. Pero no podréis hacer nada. Yo tampoco puedo. En el silencio de la tarde oscense sólo se huele a albahaca. Y mis campos verdes. Y mis manzanas. ¿Dónde están?

Luego terminarán las fiestas. Restos de jolgorio por las calles. Suciedad. Y al fin, la alameda quedará vacía. Y la Papelera seguirá contaminando, siempre. Impávida e inmutable.

Y la vida continuará. Los problemas que quedaron ocultos durante las fiestas volverán a surgir. Y la tristeza de ver a hermanos enfrentados. Posiciones radicalizadas. Falta de diálogo. Soberbia.

Y vosotros de nuevo, sin comprender. Todo es un enigma. El auresku. El redoble del tamboril. El Centenario. La ikurriña. Los cantos. Y danzas ancestrales. No os dicen nada.

Y la violencia. Los enfrentamientos. Los insultos. La virulencia. No lo entendéis. Sólo recordáis vuestros campos amarillos. Y la sequía. Las carrascas y los olivos. Y el hambre. Que también es violencia. No entendéis nada. Pero son realidad. Existen.

Ya las sombras tiñen la tarde. Y ahora me siento triste. La lejanía. El recuerdo de las fiestas. Los problemas de mi tierra, de mi gente. De algún lugar emerge el canto del búho. Y la cigarra chirría infatigable.

Vosotros y yo somos emigrantes de signo opuesto. Vosotros vivís ahora en el pueblo que me vio nacer. Yo comprendo vuestro estupor. Yo comparto vuestra amargura. Pero debéis intentar conectar con los míos. Respetar sus costumbres. Penetrar en el conocimiento de sus formas de expresión. Ellos os lo agradecerán. Estoy seguro.

Y así, lentamente, la noche se acerca. Huele a tomillo. Y en el horizonte se adivina el humo de una fogata.

Y en mi pueblo, hoy día 21, han empezado las fiestas. Durante unos días se olvidarán penas y sufrimientos. Quizás el rencor se atempere. Y la intransigencia se calme. Para siempre.

De algún rincón de la noche, mezclado con el sonido inconfundible del búho, se escuchan los sonos del Centenario. Tenues y alegres, las armonías se entrelazan en el fondo de mi cerebro. Y por mi mejilla se desliza, furtiva, una lágrima. De renteriano ausente.

Huesca, 1981.